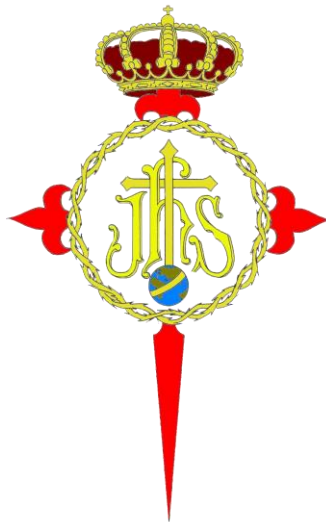


# Pregón de Exaltación de la Juventud Cofrade

Real, Ilustre y Muy Noble  
Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón



# Pregón de Exaltación de la Juventud Cofrade

*Si me das a elegir  
entre tú y la riqueza,  
con esa grandeza que lleva consigo,  
ay, Perdón, me quedo contigo...*

Autoridades eclesiásticas, civiles y nazarenas...

Señoras y señores, cofrades y amigos...

La primavera ha llegado a este mes de diciembre...

¿No me creen? Se lo demostraré...

A riesgo de que algunos digan aquello de: “*Acaba de nacer y ya lo estáis matando*”, y por extraño que parezca celebrar un pregón cofrade en pleno periodo navideño, todo siempre tiene su sentido... Su conexión...

Su principio y su fin...

El nacimiento de Jesús supuso –y supone– la historia de amor más grande jamás contada.

Siendo poéticos, cada invierno –como en un ciclo sin fin–, los copos de nieve propios de la Navidad tornarán en blancos lirios de pasión con el cambio de estación.

Hoy –como suele ser costumbre cada último domingo del año–, la iglesia celebra la festividad de la Sagrada Familia; pilar esencial de la cristiandad y raíz nazarena por excelencia para mayores, niños y, sobre todo, jóvenes cofrades.

Si la cruz es el aparente final, la unión de José, María y Jesús es comienzo y... también continuidad. Pues en el propio Calvario queda reflejada la Sagrada Familia: la Virgen Dolorosa; San Juan; María Magdalena y el Santísimo Cristo del Perdón.

La familia nazarena: Una bendición del cielo con la que no todo el mundo cuenta.

Existe el nazareno generacional. El que, teniendo antecesores cofrades, decide no seguir esos pasos. Y el nazareno hecho a sí mismo, quien construye su fe partiendo completamente de cero.

Por lo general, en la infancia, nuestros antecesores nos llevaban a ver las procesiones; celebraciones demasiado complejas de entender para nuestra pequeña conciencia –aún en construcción– pero, a la vez, acontecimientos que, de un modo u otro, despertaban un sentir interno que nos hacía repetir año tras año sin rechistar.

Normalmente, hay muchas formas de comenzar el camino para consolidar la fe. Puede que, por ejemplo, empezáramos a procesionar porque nuestros progenitores lo hacían, o porque alguno de nuestros amigos también saliera. Sea como fuere, existe un punto de inflexión en nuestras vidas, diferente según cada persona, en el que descubrimos que verdaderamente no hacíamos eso solo porque otros lo hacían, sino porque deseábamos hacerlo. Y quizás aún no sabíamos muy bien el por qué, pero creíamos en ello y, principalmente, queríamos seguir esos pasos.

Desde 2012, la infancia cofrade del Perdón tiene su representación directa en la Hermandad infantil de los Ángeles de la Pasión; relevo natural del prolongado legado magenta.

Curiosamente –hilando como de costumbre–, si nos remitimos al archivo de la cofradía, en el acta del 13 de febrero de 1994 se recoge la propuesta del consiliario para la creación de una cofradía infantil con sede en la ermita del Pilar.

El destino –caprichoso como él solo– hizo que, doce años después, en esa misma ermita, naciera la Hermandad Juvenil de Nuestra Señora del Rosario de Fátima; cantera *junior* no oficial pero sí oficiosa de la Real, Ilustre y Muy Noble Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón.

Como resumen –en un paralelismo imaginario con los primeros sacramentos–, los Ángeles serían el Bautismo; Fátima, la Comunión; y el Perdón, la Confirmación de tantos y tantos jóvenes nazarenos a lo largo de los años.

Y todo ello se emplaza en un lugar mágico sin parangón,  
el cual no se entiende sin fe ni devoción;  
donde la pasión se desborda sin fin  
y la nazarenía asegura su porvenir.

Es cuna de nazarenos y escuela del Perdón,  
donde los cofrades muestran su sentir  
y en sueños desearían vivir:  
¡Es aquí!  
¡Es... el barrio de San Antolín!

Aunque ahora estamos *en pausa* –no literal, pero sí cargada de incertidumbre– por un terrible y amargo enemigo, cuyo nombre ya exaspera y cuyas consecuencias han ido condicionando el tradicional discurrir de los actos de la Murcia nazarena, miente quien niegue que...

A los cofrades de carrera,  
expertos en la esperanza y maestros en la espera,  
nos faltó el bullicio en la plaza trasera,  
el repaso a la túnica, la mantilla o la esparteña,  
y los nervios de la puesta en escena.

Nos faltó el abrazo del amigo que se impacienta,  
ese tradicional: “¡Buena penitencia!”,  
el “capuces puestos” como sentencia  
y esa almohadilla que no se aprieta.

Nos faltó el cetro que guía,  
los faroles y las velas prendidas,  
el estante como leal compañía  
y el cabo de andas que firme decía:  
“Al primer toque, atentos; al segundo, arriba”.

Nos faltó un beso pasadas las doce  
y, con esa, otras once razones.

Nos faltó esa marcha sin fin  
y el crujir de las puertas de San Antolín.

Nos faltó la Cruz en el dintel,  
el himno erizando nuestra piel:  
¡Ya está aquí a quien besaste el pie!,  
y con tu beso, otros miles de cien...

Nos faltó ver cómo, con templanza,  
se va aquel por cada calle murciana  
para enseñarle al mundo, con calma,  
que tu fe y tu beso lleva en el alma.

Nos sobró abundancia de daño  
y nos faltó escasez de tanto  
que por faltar, precisamente estos dos años,  
nos faltó Lunes Santo...

*Si me das a elegir  
entre tú y la gloria,  
para que hable la historia de mí por los siglos,  
ay, Sole, me quedo contigo...*

Dicen que la vida está repleta de *primeras veces*... Como, por ejemplo, este acto: El primer Pregón de Exaltación de la Juventud Cofrade del Perdón pronunciado por una mujer.

Tal y como versa el dicho popular: *“A la tercera va la vencida”*. Y, oye, ¡esta vez lo ha clavado!

Bromas aparte, si mencionamos a mujeres –mujeres valientes–, háblenme de María.

En las escrituras se deduce que *“el que espera, cree”* y precisamente Ella, sencilla y humilde, cuando recibe la buena nueva del arcángel Gabriel, simplemente sigue compartiendo su tiempo y ayuda con los demás. Sin alardeos ni grandilocuencias...

La Virgen, dolorosa al pie de la cruz, constituye el digno reflejo de aquel: *“No he venido a que me sirvan, sino a servir”*.

Ella, en sí misma, es principio y fin.

Puesto que su fe inquebrantable –expresada en el *“sí”* más importante de la historia–, marcó el punto de partida y también es Ella, la que el padre Sánchez Ruiz describiera en uno de sus sermones en 1749 como *“la señora más hermosa en la soledad más amarga”*, quien cierra –siempre en Soledad– cualquier procesión de la que forma parte.

Afortunadamente, el Perdón está colmado de mujeres valientes; osadas pioneras y oportunas *culpables* que han ido modulando la historia magenta a lo largo de un siglo y cuarto.

Féminas cuyo valor fue evidentemente más grande que su temor. Mujeres valientes y nazarenas, como quienes figuran en los tronos del Lunes Santo murciano, pues lo fue María Magdalena, abrazando firme la cruz a los pies del Calvario aun cuando nadie más que Cristo creyó en ella; o La Verónica, auxiliando al Nazareno a pesar de los desprecios de los soldados y el rechazo del pueblo, tan solo con el honesto objetivo de aliviar el dolor de un hombre bueno: Jesús de Nazaret.

Todo por Él, pues *“solo Dios basta”*.

Por eso, por su valentía a contracorriente y su fe precoz, *me llena de orgullo y satisfacción* portar el nombre de Verónica en su honor.

¿Y cómo olvidar a la mujer nazarena original?  
La primera en llegar y la última en marchar,  
la Virgen de la Soledad –mi Sole–;  
la que siempre estuvo y eternamente está.

Por quien pierdo la cordura  
e inicié mis pasos en esta andadura;  
la cómplice de todas mis aventuras  
y la confidente de cada una de mis desventuras.

Ella, la esencia de este amor sin medida:  
¡Mi preciosa y bendita locura!

Mis primeros pasos como persona y como cofrade fueron al mismo compás, pues procesiono como nazarena de la Soledad prácticamente desde que aprendí a andar y me encanta imaginar que, cada castizo lunes, soy guardaespaldas de su hijo herido y, a la vez, guardiana de su solitario caminar.

A propósito, hace un tiempo, ante la pregunta “¿cuál es tu recuerdo favorito en el mundo *cofrade*?”, no pude evitar –una vez más– pensar en magenta.

Desde mi niñez, Lunes Santo ha sido sinónimo de asistir –junto a mi hermano, mi abuela y mi madre– al Besapiés del Perdón. Justo en el descenso del Cristo, recuerdo verlas llorar –a mi abuela y a mi madre–, y yo no sabía por qué...

Conforme pasaron los años, seguí manteniéndome fiel a esa cita:

Cada Lunes Santo, a las doce, en San Antolín.

Hasta que un día, fui yo la que se derrumbó... Y entonces lo entendí... Comprendí el motivo de esas lágrimas... Supe lo que se escondía tras esa emoción...

En aquel instante, descubrí el verdadero significado de SER NAZARENA.

Y aquella revelación fue, curiosamente, gracias a dos mujeres: mi abuela y mi madre –la terrenal y la celestial–.

Esta puntualización se debe a que –desde mi inocente ignorancia infantil– siempre he pensado que la fe de María era la fe de mi madre.

Sí... La virtud de la fe inefable de la Virgen –quien cree y espera sin ver ni cuestionar– es la fe inconmensurable de mi madre. Mujeres valientes de fe admirable que, siendo una, me han llevado de la mano por el más puro camino de la humildad de los valores nazarenos y la bondad del sentimiento cofrade.

Enseñanzas que fui aprendiendo, también, gracias a mi abuela materna. Y aunque hoy el mar del olvido altere la calma de su memoria y muy probablemente mis palabras queden enredadas entre el temporal que acecha sus ideas; permítanme que sea aquí y ahora, en vivo y en vida, cuando reconozca públicamente en una pincelada aquello que nunca escondí y

eternamente valoré: A las mujeres que han aportado su granito de arena a mi crecimiento como cofrade y quienes han avivado la pasión nazarena que corre por mis venas.

A mi abuela Fina; por descubrirme, entre otras muchas cosas, todas y cada una de las leyendas que envuelven la historia de la Murcia cofrade.

A mi abuela Carmen; por ser el hada madrina que me concedió el vestido más hermoso que se pueda lucir: mi túnica de nazarena de la Soledad.

Y a mi madre en el cielo y en la tierra; por la que empecé a vivir y la *responsable* de que hoy esté yo aquí...

A Ella, la que une a María y a José en su carné de identidad  
y cada Lunes Santo la llaman Soledad...

A Ella... mis respetos y admiración;  
mi “¡*gracias, de todo corazón!*”

*Si me das a elegir  
entre tú y ese cielo,  
donde libre es el vuelo para ir a otros nidos,  
ay, San Juan, me quedo contigo...*

¿Quién o qué marca los márgenes de la juventud cofrade? Cada nazareno forma parte de ella infinitamente. ¿O acaso alguien sabe cuando expira la validez del carné de joven cofrade...?

La juventud cofrade no tiene límite. No tiene edad. El joven cofrade es eterno; como Juan.

Cuando descubrí que el 27 de diciembre –además del cumpleaños de una servidora– se celebra la festividad de San Juan Evangelista, patrón de los jóvenes cofrades, –y teniendo en cuenta mi curiosidad por la fuente de mi aptitud nazarena– empecé a hilar, para variar...

Según se recoge en la cronología de la cofradía, el 4 de abril de 1994 se informa a la Junta de Gobierno que el Cristo del Perdón estará en el altar mayor de la iglesia de Verónicas –entonces parroquia– hasta la reconstrucción del destruido templo de San Antolín.

Haciendo uso de la fantasía, me gusta pensar que este tipo de pinceladas fortuitas y aparentemente ajenas al asunto en cuestión tienen algo –o mucho– que ver con el origen de mi vocación nazarena –sobre todo naciendo en plena Navidad–.

¿Quién sabe...? Quizás el hecho de que el titular fuera custodiado temporalmente en una iglesia homónima a mí sea uno de los motivos que inspiran mi devoción por el Perdón...

Romanticismos aparte, un hecho constatado es que la figura de San Juan –aunque en personajes diferentes– ha sido muy significativa en los textos bíblicos, donde queda patente que su nombre siempre ha estado junto al Nazareno. De principio a fin...

Cuando María visitó a su prima Isabel, la criatura en su vientre –Juan el Bautista– saltó de alegría, siendo el primero en reconocerlo. Más tarde, ya en el comienzo de la vida pública de Jesús, también fue Juan –Bautista– el pionero en reconocer al hijo de Dios en el río Jordán, momentos antes de bautizarlo. Y precisamente fue San Juan –Evangelista– quien volvió a distinguirlo en primer lugar, ya resucitado, en el lago de Tiberíades.

Él es el motivo principal de este pregón: San Juan Evangelista, el más joven y uno de los primeros apóstoles de Jesús. El aparente favorito del Maestro es –como saben– patrón de la juventud cofrade; un título para nada baladí, pues el pequeño de los discípulos bien podría ser considerado como el primer joven cofrade de la historia de los nazarenos.

Ejemplo y espejo para las generaciones venideras, también podría considerarse extraoficialmente como uno de los primeros periodistas de los anales de la humanidad, junto a los otros tres evangelistas, o de la misma manera, como se diría actualmente, el precursor en eso de ser *influencer*, en este caso, cofrade. Pero *esos ya son otros López...*



Retornando a lo importante: Jesús confió en Juan, y él nunca falló.

No fue incrédulo, sino creyente, y fue el único discípulo que no abandonó al Nazareno en ningún momento.

A pesar de la adversidad, de la incertidumbre y de la injusticia... A pesar de la ignorancia del pueblo, de la envidia de los Sumos Sacerdotes y del miedo generalizado de los discípulos... San Juan nunca se rindió. Su juventud y su coraje lo hicieron valiente en su soledad.

Testigo de la transfiguración del Señor en el monte Tabor durante la Cuaresma, Juan fue el elegido –junto a Pedro– para la preparación de la Última Cena de la Pascua. Momento en el que el Maestro dejó que su joven aprendiz reclinara la cabeza sobre su pecho para confesar, así, quién iba a traicionarle. Estuvo presente en Getsemaní, a los pies del Monte de los Olivos; en el Prendimiento; durante el juicio ante Caifás y también en el arduo camino de la Vía Dolorosa hasta el Gólgota. Fue el único apóstol capaz de estar a los pies de la Cruz, de principio a fin... y siempre junto a la Virgen en su soledad más profunda.

Quizás por ese motivo quiso Jesús legarle a Juan su tesoro máspreciado: su Madre; y que este fuera también pionero como hijo de María, para que después se cumpliera con el resto de los cristianos.

Descendió, veló y enterró el cuerpo de Cristo en el Santo Sepulcro; lugar en el que, al Tercer Día, contempló –otra vez junto a Pedro– la tumba vacía.

Por tanto, Juan –ante todo y sobre todo– presencié cada momento de la Pasión (en el Getsemaní); Muerte (en la Cruz); y Resurrección (en el Sepulcro) de Jesucristo.

Recapitulando, San Juan fue quien lo señaló en el Jordán –como Bautista– y quien, cada Semana Santa –como Evangelista–, sigue indicando con su mano el dulce caminar de aquel que ha de venir a morir por la salvación del mundo.

Decía otro Juan, San Juan Pablo II: *“La humanidad tiene la necesidad imperiosa del testimonio de jóvenes libres y valientes, que se atrevan a caminar contra corriente y a proclamar con fuerza y entusiasmo la propia fe en Dios, Señor y Salvador”*. Tenía –como se dice popularmente– más razón que un santo y, por eso, lo beatificaron.

Y es que ser joven y cofrade nunca ha sido precisamente sencillo...

En un mundo en el que la libertad de expresión se eclipsa entre juegos de niños y estereotipos inútiles, resulta francamente difícil no ser como la mayoría quiere que seas. Y esto es, ser joven y cofrade.

Lo más curioso es que, aunque actualmente encontrar algún creyente que no supere cierta cifra de edad parece ser una ardua tarea, cuando una persona se ha ido, paradójicamente, todos lo buscan mirando al cielo...

No es mi intención, ni mucho menos, otorgarle un carácter victimista, pero tampoco he de negar que ser joven y cofrade es un blanco muy fácil en una sociedad tan moderna como injusta.

En la infancia o adolescencia, los jóvenes suelen magnificar sus problemas y conflictos morales. No obstante, del mismo modo los cofrades magnificamos lo positivo, lo que nos hace felices: nuestra Semana Santa.

Pues no hay nada más bonito que el brillo en los ojos de un joven estante, orgulloso de ocupar el puesto de su abuelo o su padre... Nada más bello que la unión y los nervios, a partes iguales, de una nieta y su abuela, quien la viste por vez primera de manola con la teja, la mantilla, el vestido y cada uno de los enseres que ella misma usaba tiempo atrás... Nada más gratificante que la emoción conjunta, de jóvenes y mayores, al contemplar su querido trono procesionar, un año más, por las calles murcianas... Ni nada más emocionante que ver cumplido el sueño de ese muchacho que, sin antecedentes, mas con fe y alma, se embarca –por primera vez y hasta el final de sus días– en el inefable mundo de la nazarenía.

Ser joven y cofrade es espontaneidad: correr por la calle siguiendo el redoble de un tambor para saber de dónde proviene ese sonido; dedicación: organizar tu agenda de ocio, incluso de obligaciones estudiantiles o profesionales, según los eventos cofrades más inminentes; e impaciencia: desgastar la yema de tu dedo índice actualizando la página web del tiempo.

Es ímpetu y es verdad. Pero también es saber perseverar, siguiendo el ejemplo de San Juan; quien, como buen cofrade, supo estar, permanecer y, sobre todo, esperar. Como el pequeño que acompaña a su padre o el joven que aguarda su herencia nazarena mientras va formando su experiencia en penitencia. De ahí que...

Para los nazarenos la espera no es nada nuevo,  
mas eso no resta el desconsuelo.

Duele esperar más,  
le dolió a Murcia no poder desfilar;  
sin embargo, todos supimos cuál era la responsabilidad.

Llegará... y será maravilloso.

Entretanto, debemos ser como Juan  
y seguir al Nazareno en la adversidad.

Mientras todo parece confusión,  
pidamos, en 2022, por una: “¡Buena procesión!”

Por ello, ahora vuelvo a preguntar: ¿Quién se atreve a limitar la juventud cofrade y su supuesta caducidad? (...)

Después de un año impregnado del blanco luto hebreo, 2021 nos dejó una experiencia tan histórica para la posteridad como escasa para el alma:

Una Semana Santa a medias y con matices.

A medias, como ese sentimiento incompleto en el que las distancias no eran entre los que conformaban las filas o cargaban un trono, sino entre los que guardaban una cola u ocupaban un banco...

A medias, como esa extraña sensación que te aborda cuando el acceso controlado no es el de los nazarenos de la hermandad correspondiente, sino de aquellos cuya entrada permite un aforo limitado...

A medias, como esa emoción incontrolable cuando –llegado el día y el momento exactos– estabas allí, pero no precisamente donde tendrías que estar...

Pues cuesta hacerse fuertes cuando –siendo Lunes Santo– estás saliendo de la iglesia de vuelta a casa prácticamente a la misma hora en la que los capuces de terciopelo negro deberían asomar por el dintel de la puerta, tras los pasos del Perdón, para que la Madre de San Antolín recorra Murcia en procesión...

A medias... porque, este año, también en Cuaresma hemos llevado capuz a diario. Uno diferente en forma y motivo, pero similar en cuanto al propósito: Ser capaz de intuir sonrisas y adivinar emociones tan solo a través de la mirada... Incluso en eso –en ese particular capuz que es reflejo de la implacable penitencia que nos ha tocado vivir– también estamos a medias, mostrando tan solo la mitad del rostro...

A pesar de ello, –aun con vértigo, agotamiento y falta de horas al día incluidos– al igual que el sentimiento cofrade es ilimitable, la esperanza nazarena es inagotable y la continua cuenta atrás siempre resultará inevitable...

Pero no me malinterpreten. Estos argumentos no pretenden ser una queja ya que, si existe un ser capaz de adaptarse y esperar, ese es el nazareno murciano, sin dudar.

Y, señoras y señores... *“El que espera, cree”*.

*Si me das a elegir  
entre tú y mis ideas,  
aunque yo sin ellas soy una mujer perdía,  
ay, Magdalena, me quedo contigo...*

Como ella al pie de la cruz; perfectamente terrenal, imperfectamente celestial: la Magdalena, impecable expresión de la sensibilidad del cofrade magenta. Como su abrazo al cielo junto al crucificado, así siente su penitencia el nazareno sanantolinero.

Con este pregón concluyen los actos celebrados durante el año natural del centésimo vigésimo quinto aniversario de la Real, Ilustre y Muy Noble Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón.

El último acontecimiento de los 125 años del Perdón: mi pregón.  
Así, sin presión...

Una efeméride tan especial como peculiar pues, a pesar de haber estado condicionada por un contexto obvio, tras nueve meses de expectación –como un nacimiento que se anhela con ilusión– un rayito de luz se adivinó en medio de la oscuridad.

Por fin llegó el 18 de septiembre de 2021:  
Un Lunes Santo estival a las puertas del otoño murciano.

Salió en procesión extraordinaria *el Cristo del Malecón* y, por una tarde, la ciudad se despojó de sus espinas para convertirse en su eterno rosal. El colofón idóneo a la conmemoración de un siglo y cuarto de devoción sin fin.

Pues el Perdón fue el Amparo de quienes lo perdieron todo en el 36; la Fe de los nazarenos que persistieron y lo volvieron a buscar; la Caridad de los que contribuyeron al resurgimiento casi total de la cofradía tras la guerra; y la Esperanza de aquellos que con su dedicación han ido escribiendo la historia en tinta magenta y negra...

Es el Rescate de las almas perdidas sin aliento; la Salud de todo un barrio –el de San Antolín–; la Sangre de quienes han brindado su vida a la cofradía; y el Refugio de aquellos que no encuentran consuelo...

Es Jesús en su máxima expresión; la Misericordia de todos lo que padecen; es el primer Servitas de María; es el Sepulcro de cada cofrade Yacente en estos 125 años de existencia nazarena; y su respectivo espíritu, ya Resucitado, junto al Señor del Calvario.

El Perdón es amor y compasión... Es alivio y es hogar... Es barrio y devoción...

Es... ¡el Perdón!

Nadie sabe qué pasará. Ni quién, ni cómo; ni cuánto, ni cuándo; ni para qué, ni por qué... Sin embargo, no temo apostar todo al azar. No me importa aguantar sin desesperar.

Tantas veces he tentado a la suerte,  
y ni siquiera me considero valiente...

Me crucé con un gato negro que cambió mi posteridad,  
su alma era pura y su nombre: Soledad...

Abrí de par en par el paraguas de mis sentimientos  
siempre tras los muros de este templo...

Derramé la sal que amortigua la cera;  
aun a sabiendas de todo lo que eso acarrea...

Tantas veces rompí el espejo que tambaleaba mi porvenir,  
que ya no sé si son siete o mil;  
mas si han de ser siete mis temores,  
que sean hasta setenta veces siete mis perdones.  
Pues cuántas veces he pasado bajo la escalera que sube a tu camarín,  
buscando en tu mirada el Perdón que me falta a mí...

Tantas veces he tentado a la suerte con mi ímpetu  
que no me importa volver a quebrar el tabú,  
pues no hay mayor fortuna que ser conscientes  
de que eres Tú, Señor, la mayor de nuestras suertes...

Me van a permitir otra pequeña licencia en este punto. Un privilegio –u obviedad, según se mire– que normalmente no suelo utilizar en mis intervenciones públicas y que, esta vez –tratándose de una ocasión y de un año señalados en lo personal, y aprovechando mi posición de hoy como pregonera– me quiero conceder.

Escuchábamos al comienzo de este pregón “*La Saeta*”, versionada por India Martínez. Una pieza que, aparentemente, nada tiene que ver con el contexto navideño que envuelve este acto. Por el contrario, siempre ha sido una canción muy especial a nivel sentimental por múltiples motivos. Uno de ellos es que era la única marcha cofrade que cantaba mi abuelo Eliseo. Él no pertenecía a ninguna cofradía, no salía en ninguna procesión, pero era el nazareno contemplativo más fiel del mundo: Madrugones para coger el mejor sitio a sus pequeños; largas estancias en las sillas para ver a sus hijos y nietos –como nazarenos o de mantilla– a lo largo del recorrido; caminatas, esperas o largos plantones aguardando la llegada de todos al final de la procesión...

¿Qué les voy a contar...?

Aunque su aportación cofrade fuera externa, si bien el barrio no se entiende sin el Perdón, ni viceversa; personalmente San Antolín son mis abuelos y mis abuelos son San Antolín: Cuna cofrade y escuela nazarena de muchos a lo largo de los siglos.

Valga por él –que desde hace siete meses y 22 días tiene una butaca privilegiada en el paraíso magenta– y por todos aquellos que, de un modo u otro, han estado vinculados en mayor o menor medida a la Cofradía del Perdón.

Por él.

Por ellos.

Blancos lirios de Perdón al cielo...

(...)

Para ir concluyendo... ¿Qué mejor manera de cerrar los 125 años de historia del Perdón –y este pregón– que una hilera de ideas e imaginación entrelazadas en forma de procesión?

La ternura de los Ángeles de la Pasión –expresada en los reincorporados querubines de González Moreno– son ese firme y luminoso puente entre la tierra y el cielo.

La compasión del Getsemaní queda patente en esos rígidos brazos, de áurea seda dulces lazos, que engarza los corazones y abraza Murcia.

La avaricia del Prendimiento o la envidia del Caifás reflejados en una nueva corona de cuerdas, bañada en oro, que cubre esa alta y sangrienta frente.

La templanza de la Columna en esos ojos que bajan al suelo y son mirada clemente.

La burla de la Coronación de Espinas manifestada en un irónico cartel en lo alto de esa cruz de la pasión que es la sombra de la luz.

La fidelidad del Encuentro en la Vía Dolorosa evidenciada en la figura de San Juan y la valentía de La Verónica en el abrazo al pie de la cruz de María Magdalena.

La crueldad del Ascendimiento en esos clavos, en pies y manos, que destrozan el corazón.

La hermosura del propio Calvario y su crucificado, de cuyos labios soberanos brotan para sus tiranos blancos lirios de Perdón.

Y –por supuesto– el amor en su máximo esplendor de la Virgen de la Soledad, plasmado en María Dolorosa; quien, junto a San Juan y la Magdalena, son una dalia, un tulipán y una pasionaria rosa que junto a la cruz siempre están.

Por todo.

Por eso.

Porque siempre sea primavera...

Porque la suerte permanezca a nuestra vera...

Porque en mi vida siga siendo cirineo...

Por ti, Nazareno...

Solo resta desear,  
a los de aquí y allá,  
una muy feliz Navidad.

Reiterar a todos los presentes en este pregón,  
que han aguantado del tirón,  
mi gratitud desde este humilde ambón  
por compartir esta bendita locura que tenemos como pasión.

Y a Él, que siempre está conmigo,  
quien guía e ilumina mi camino,  
una vez más, tan solo le digo:

*Si me das a elegir  
entre tú y la riqueza,  
con esa grandeza que lleva consigo...  
ay, Perdón...*

*Ay, Perdón, yo... ¡me quedo contigo!*

**¡ MUCHAS GRACIAS !**

**Verónica Baños Franco**  
**Periodista y cofrade**